

Todos somos Guantánamo

Por Félix Anazco Ramos. Fotos: Leandro Pérez Pérez

Por desgracias de la vida, Guantánamo es hoy la capital de todos los cubanos. Aunque las visitas presidenciales y los grandes acontecimientos sigan escogiendo a La Habana como escenario, es en el otro extremo del caimán donde late el corazón de la Patria.

Después de ser azotados durante más de diez horas por Matthew, un poderoso huracán categoría cuatro en la escala Saffir-Simpson, la provincia más oriental recibe apoyo material y espiritual desde cada rincón de Cuba. Dentro de esa caravana multirregional, los camagüeyanos marcan la diferencia.

LAS LUCES DE IMÍAS

Cuando los integrantes del contingente de la Empresa Eléctrica Camagüey llegaron a tierra guantanamera no daban crédito a lo que estaba frente a sus ojos, ni siquiera el viejo cazador de ciclones Raúl Rodríguez había visto tanta destrucción. Desde el pasado día 8, los 123 hombres comenzaron a trabajar en Imías, municipio en el que rehabilitaron el 99 % de las redes en tiempo récord, con apoyo de linieros de otros territorios.

Únicamente el bohío de Esther Baró, en la comunidad montañosa Los Cerezos, quedó sin electricidad cuando los nuestros recibieron la indicación de trasladarse el miércoles a Baracoa; no sin antes dejar el problema "amarrado" para que Esther y sus sobrinos tuvieran la luz allá, hasta donde solo la Revolución se encaprichó en llevarla.

En Imías los camagüeyanos realizaron una labor sobrehumana: desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche se extendieron las jornadas en las que apenas tenían tiempo para almorzar. "Realmente no sé de dónde estamos sacando fuerzas. Para esta gente que lo ha perdido todo lo menos que podemos hacer es ponerle la corriente. En ocasiones nos dan ganas de ayudarlos a levantar sus casas, quisiéramos hacer más por ellos. Son personas humildes, bondadosas y muy trabajadoras", me dicen José Luis Medina, Denis Marrero y Daniel Caraballosa sin dejar el ajetreo a bordo del carro # 2 del grupo de servicio de Nuevitas.

La desgracia que dejó Matthew no tiene precedentes en el recuerdo de Raúl, el único de la tropa que ha ayudado en la recuperación de siete eventos similares. "A la gente se le ve la tristeza en el rostro y hasta en la forma de caminar, pero no pierden la esperanza y tratan de apoyarnos. Aquí hemos tenido que levantar postes a mano para adelantar, los más jóvenes trabajan como 'mulos' y están muy comprometidos", contó el veterano segundos después de iluminar las 198 casas de la comunidad El Salao.

Cuando Adelante llegue a sus manos, nuestros eléctricos habrán rehabilitado las líneas en el serpenteante lomerío de La Farola y otras zonas rurales de Baracoa, aseguró el jefe de la tropa, Dioelvis Sollet, director de la Empresa Eléctrica Camagüey.

MOVIENDO LOS CAMINOS DE MAISÍ

Los reportes indican que Maisí es el municipio más dañado. Más del 70 % de su fondo habitacional y casi la totalidad de su flora muestran la oscura huella del fenómeno en tierras otrora ricas en cacao, café y recursos forestales. Sin embargo, su pueblo se levanta impulsado por fuertes manos amigas.

"Yo no quería ni alzar la vista porque el destrozo es tan grande que me daban ganas de llorar. Las casas, los sembrados y los árboles estaban en el piso. Ya pasé grandes ciclones como el Hilda y el Flora, pero nada fue más terrible que esto. Menos mal que llegaron los hombres con los 'camionsones' esos y empezaron a limpiar todo", nos cuenta Maximino Suárez, un anciano que vive a pocos kilómetros de la punta de Maisí.

"Juventud", como le dicen a este carismático personaje, se refiere a la brigada de la empresa constructora Ecoing 15 que arribó a la zona con 45 hombres en diez camiones de volteo, tres planchas, dos cargadores, dos bulldóceres, una motoniveladora y un taller móvil. Acampados en las ruinas de una escuela primaria, los obreros que comanda Luis Carlos Martínez, delegado del Micons en Camagüey, trabajan en dos grupos de ejecución en el saneamiento y la rehabilitación de viales.

"En una semana hemos recogido más de 5 000 metros de basura y escombros en las zonas aledañas al poblado de La Máquina. Rehabilitamos el paso a Punta de Maisí, reconstruimos dos vías y un puente en la carretera a Baracoa y estamos abriendo paso y cimentando el vial que conduce a la principal fuente de abastecimiento de agua que tiene la cabecera municipal", indica Ricardo Navarro en medio de un infructuoso esfuerzo por echar a andar un bulldozer averiado.

EL OTRO ENCANTO DE BARACOA

La ciudad primada de Cuba no es hoy ningún encanto, su devastada imagen impresiona desde que se sale del viaducto de La Farola. Tal parece que Matthew se enamoró de la villa y decidió desfigurarla a causa de los celos. Pero ella guardó otros encantos para quienes, como este reportero, la ven por vez primera.



Con la ayuda de la grúa Toimil, un equipo de linieros puede instalar hasta cinco postes en una jornada.

Un caos, un hermoso caos es hoy Baracoa. El constante ajetreo de sus celosos pobladores se mezcla con la avalancha de cubanos que llegan desde cualquier parte para entregarse por su recuperación. Las calles son intransitables; las caminan el General Presidente, preocupados ministros, comprometidos artistas, misioneros de múltiples denominaciones religiosas; el polvo que levantan los equipos de construcción y las rastras llenas de materiales apenas dejan ver la silueta de su icónico malecón.



Ricardo Borges y su motoniveladora no encuentran obstáculos ni en las más empinadas lomas.

En medio de ese panorama, un equipo de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey llegó el jueves 13 con la ilusión de que la patrimonial urbe recobre su gracia y no se pierda la rica historia que atesoran sus muros. Acompañan en la aventura al director José Rodríguez Barreras, 15 especialistas en restauración, ingenieros y arquitectos. "Es una pena ver esta bella e importante ciudad tan golpeada. Venimos con el objetivo de ayudar en la restauración y conservación de los bienes patrimoniales. El cuidado de la prime-

ra villa fundada por los españoles en Cuba hace más de 505 años es responsabilidad de todos los patriotas de bien, por eso están aquí los hijos de Agramonte", sentenció el historiador mientras descargaba tejas francesas llevadas desde Sancti Spiritus.

Desde que son sembrados, los árboles de cacao y los de coco tardan cinco años en dar sus primeros frutos, quizás un tiempo similar necesite Baracoa para florecer nuevamente, tal vez menos si depende del torrente de solidaridad y amor de estos y otros camagüeyanos que el tiempo no nos permitió visitar.

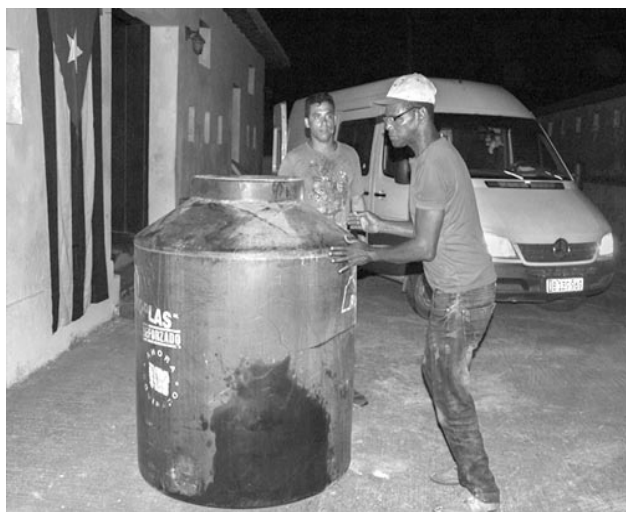
LA SORPRESA Y LOS SIMBOLISMOS

La estancia de este equipo de prensa en predios guantanameros estuvo minada de inequívocos símbolos del carácter de los cubanos.

En primer plano están quienes se tuercen la garganta para ahogar el llanto y buscan revivir entre los escombros de sus vidas. Ellos, que perdieron lo material y agradecen a Dios y a la Revolución por estar vivos, merecen el respeto y la solidaridad de sus compatriotas. Por eso llegan a socorrerlos cubanos dispuestos a alejarse de sus familias por el tiempo que sea necesario, y escriben otra página histórica de amor, resistencia y victoria.

Allí permanece el padre que no pudo estar en el cumpleaños de la hija y el que espera solucionar todo rápido para asistir al nacimiento de la suya; los constructores duermen en peores condiciones que los evacuados.

Por ellos valió el sacrificio de hacer este reportaje que casi termina sin contarles de los siete hombres de nuestra Empresa Provincial de Campismo que hoy trabajan junto a sus colegas del Guaso a menos de un kilómetro del legendario farallón de Playita de Cajobabo, donde Martí y Gómez desembarcaron una tempestuosa noche en busca de una Cuba digna y unida. Los hijos de aquella gesta se levantan hoy para gritar a los cuatro vientos que ante la desgracia, todos somos Guantánamo.



La brigada de la OHCC prevé restaurar las cubiertas de las tres fortificaciones dañadas por Matthew.



Sin hacer mucho ruido, siete trabajadores de la Empresa Provincial de Campismo Popular se sumaron al rescate de la instalación de Playita de Cajobabo.



Después del azaroso día en el improvisado campamento de los constructores, solo quedan fuerzas para comer y dormir.